MEDITANDO EL SANTO ROSARIO MISTERIOS GOZOSOS

Jorge Sáez Criado

© Jorge Sáez Criado

Diseño de cubierta: Ana María Fernández Gutiérrez

ISBN: 978-1541192140

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

Prólogo	7
PRIMER MISTERIO: LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS.	11
El saludo del ángel	11
El anuncio del ángel	14
Para Dios nada hay imposible	15
El «sí» de María	17
Contemplación	20
SEGUNDO MISTERIO: LA VISITACIÓN DE MARÍA A SU	
PRIMA SANTA ISABEL	23
Se puso en camino	23
Juan saltó de alegría	25
El Magníficat	28
Se quedó con ella	31
Contemplación	33
TERCER MISTERIO: EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.	35
Camino a Nazaret	35
No había sitio para ellos en la posada	37
El nacimiento de Jesús	38
Anuncio	40
Venite adoremus	41
Lo guardaba en su corazón	43
Volvieron	43
Contemplación	44
Cuarto misterio: la Presentación del Niño Jesús	S
EN EL TEMPLO	47
El precepto	47
Simeón	48

Ana	51
El Niño crecía	53
Contemplación	54
QUINTO MISTERIO: EL NIÑO PERDIDO Y	HALLADO EN EL
TEMPLO	57
El precepto	57
Hemos perdido a Jesús	58
Hallado en el Templo	59
Obediente a sus padres	61
Contemplación	62
AGRADECIMIENTOS	65
EL AUTOR.	67

Prólogo

Gozo y alegría. Eso es lo primero que encontramos en estos misterios, no en vano llamados gozosos. La alegría de la Encarnación, del encuentro y la unión de la naturaleza humana y la divina. Dios, en su segunda persona, se hace pequeño, se abaja para levantarnos a nosotros. Es más, quiere adoptar la naturaleza humana hasta el punto de ser gestado en el interior de la criatura más excepcional de la Creación: la Virgen María. De ella nacerá el Salvador, el Mesías esperado. Dios hecho hombre. El Emmanuel, «Dios con nosotros». ¡Qué hermosa expresión! Si ya el pueblo de Israel se maravillaba de la cercanía de su dios. comparado con los de las otras naciones («Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios. siempre que lo invocamos?» Dt. 4, 7), con Jesús esta cercanía llega al extremo. El Creador se hace como la criatura. Y, en otro momento posterior, cerca de aquel en el que entregará su vida, llegará a darse como alimento. Ya no es posible mayor cercanía. Dios no es un ente lejano, al que haya que pedir audiencia para intentar que nos mire. Dios está con nosotros. Sigue con nosotros

Frágil como un bebé, crecerá y se desarrollará en el seno de una familia durante treinta años. Hermosa declaración silenciosa de la importancia vital de la familia, a tener en cuenta en especial en estos tiempos en los que esta es atacada y relativizada desde tantos frentes. La familia, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer para toda la vida, es tan importante que el mismo Dios quiso vivir en una, espejo de la relación de amor entre las personas de la Trinidad.

Mientras, María irá guardando todo en su corazón de madre, corazón que se expandirá hasta el infinito. El corazón de una madre tiene algo especial: es tan grande que caben en él todos sus hijos. Y María es madre de todos los hombres, además de madre de Dios. Teníamos que caber todos en su corazón, así que Dios le dio el corazón más grande posible.

Pero no sólo hay gozo en la vida humana, y la vida del Hijo no será una excepción. Jesús es verdadero hombre además de verdadero Dios, y se perfila en el horizonte el drama que va a acontecer. En el cuarto misterio, la Presentación del Niño Jesús en el Templo, a María la profetizan un terrible sufrimiento, precisamente en ese corazón que tanto ama, y que tendrá su inicio en cierto modo en el quinto misterio, con el Niño perdido, prefiguración de la pérdida que vivirá la Virgen en la Pasión: su Niño desaparecerá de su vida hasta el tercer día, en el que volverá a aparecer. Y, entonces, vivirá la alegría del reencuentro.

En esta obra, para cada misterio te propongo unas reflexiones y, al final, un momento de contemplación para ayudarte a penetrar en su interior, para vivirlo.

Me gustaría que estas pequeñas meditaciones y contemplaciones te ayudaran a introducirte en el misterio de la redención y te sirvieran de apoyo a la hora de rezar el rosario, esta gran oración resumen de toda la vida del Señor. Dios lo quiera.

PRIMER MISTERIO: LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

«María contestó: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y el ángel se retiró.» (Lc 1, 38)

El primer misterio gozoso es la Encarnación del Hijo de Dios. Se trata de un momento clave en la historia de la salvación. El momento en el que María recibe en su seno la divina vida de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre para hacernos hijos de Dios. Meditemos poco a poco este hermoso misterio.

El saludo del ángel

En Nazaret, una joven virgen llamada María se ha desposado con un hombre llamado José. Un hombre que el Evangelio describe como justo. Como alguien bueno, honesto y, lo más importante, bien dispuesto para obedecer a Dios sin dudar ni un instante. Él, en silencio, hace su labor.

Desde la eternidad, esa familia había sido la elegida para dar la vida en el mundo a Jesucristo. Una joven sencilla y excepcional, hermosa y llena de gracia, siempre atenta al servicio de Dios, mujer de José, el hombre justo. Ambos serían los encargados de en-

señar al Hijo de Dios a ser humano. Parece casi irreverente esta afirmación. Sin embargo, es lo que el Señor dispuso. Jesús podría haber aparecido ya adulto, predicando. Pero no, eligió nacer como cualquiera de nosotros. Crecer. Ser amamantado, dejar que le limpiaran, que le atendieran. Ir a la escuela. Aprender un oficio. ¡Cuántos momentos compartirían José y Él en el taller, con José asombrado porque el Hijo de Dios se hacía carpintero! Y, mientras tanto, María observaba y lo guardaba todo en su corazón.

Pero, por mucho que ese fuera el proyecto de Dios, no lo quiso imponer. Así que envió a su ángel Gabriel para que anunciara a María lo que tenía que ocurrir.

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Lo primero que le dice el ángel a María es que se alegre porque el Señor está con ella. ¿No es, acaso, motivo suficiente para estar alegre siempre? Además, el ángel la da un nombre: la llena de gracia.

En el mundo hebreo los nombres son muy importantes. Nos definen. Así pues, Gabriel ha dado una información vital sobre María: al llamarla «la llena de gracia» como si fuera un nuevo nombre para ella, la está definiendo. ¿Y qué quiere decir con una expresión tan particular?

María, tal como nos lo dice la fe, fue concebida sin pecado. Algo que sólo había ocurrido antes con Adán y Eva, creados directamente por Dios. Pero María nunca cometió pecado alguno. Es la nueva Eva, tal como podría haber sido la primera Eva si no se hubiera dejado seducir por el enemigo. Jesús no podía nacer de alguien manchado con el pecado original, por lo que María fue concebida sin este lastre por los méritos de Jesucristo, al ser ella la elegida para ser Su madre.

Por otra parte, sabemos que la gracia es la participación en la vida divina, en la naturaleza divina. Si María se mantuvo libre de pecado, si siempre fue dócil a Dios... la gracia de Dios la llenaba. Para ella, Dios lo era todo. En su alma vivía en un estado permanente de unión con Dios. ¿Cómo no iba a ser definida como «la llena de gracia»? ¿Acaso había alguna otra manera más exacta de referirse a ella? Con esa expresión que Gabriel utiliza para referirse a María está confirmando que no tiene ningún pecado. Ni siquiera el pecado original. Es decir, confirma la Inmaculada Concepción de María. Porque, de lo contrario, no podría ser «llena de gracia» ya que, para serlo, no tiene que haber ni la más mínima sombra de pecado.

«Alégrate», la dijo el ángel Gabriel. Alégrate. El ángel llevaba un mensaje de alegría, un mensaje de salvación. Un mensaje de cumplimiento de todas las profecías. Y todo eso confluía en esa joven que tenía delante, en esa joven que, aunque quizá pareciera poca cosa a los ojos humanos, era tan importante como para llevar al Hijo de Dios en sus entrañas. Una joven que acabaría siendo reina de todo lo creado, incluyendo al propio Gabriel.

El anuncio del ángel

Lo primero que el ángel le dice a María es que no tenga miedo. El ángel le va a hablar de la voluntad de Dios para ella, y esta sólo se puede acoger dejando a un lado el miedo y aceptando esa voluntad, queriendo cumplir esa voluntad.

El mensaje que el ángel le trae es un anuncio de algo inesperado por completo, algo que trasciende todo poder humano. Dios va a insertar de lleno a María en la historia de la salvación. Es más, va a hacerla una pieza fundamental de dicha historia.

«Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Si ya de por sí el nacimiento de un hijo es fuente de alegría, que ese hijo vaya a ser el Mesías aumenta esa alegría hasta el infinito. No en vano el ángel le había dicho a María que se alegrara. De ella nacería el Salvador, como indica el ángel al decir a María el nombre que su hijo deberá tener: Jesús, que quiere decir «Dios salva». Y también le llama «Hijo del Altísimo». El Hijo de Dios, nacido de una joven judía en la que nadie repararía. La grandeza de Dios manifestada en lo humilde. En lo sencillo.

María vemos que es dócil a la voluntad de Dios, pero que también hay algo que la causa extrañeza y se lo pregunta al ángel, con toda confianza. Incluso de eso podemos extraer una lección. María está ante una criatura que va de parte de Dios. Un ser de gran poder, un embajador que, como sabemos, había hecho que Zacarías enmudeciera al no creer sus palabras. Pues bien, la Virgen le habla con confianza. Sin miedo. ¡Cuánto podemos aprovechar de esta simple afirmación! ¿Hacemos nuestra oración con confianza? ¿Con fe en que estamos hablando realmente con Dios? Si estamos ante la Eucaristía, ¿creemos que estamos ante Jesús, que lo estamos viendo con nuestros propios ojos, al mismo Jesús que nació de María, que caminó con los discípulos, que murió y resucitó? ¿Lo creemos? ¿Confiamos en Él?

¿De verdad crees en Él? María sí creyó. Y sí confió.

Para Dios nada hay imposible

Sin embargo, decíamos que había algo que le causó extrañeza. Ella, a pesar de estar desposada con José y a punto de casarse con él, estaba consagrada a Dios. Se iba a mantener virgen. De otra manera, no se habría extrañado. ¿Cómo ocurriría lo que el ángel le había dicho?

Aquí vemos también la maravillosa sencillez de María. No parecía darse cuenta de que iba a ocurrir en ella el milagro más grande, la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en Jesús. La Segunda Persona de la Trinidad pasando, como un humano más, por las distintas fases de la gestación.

No quiso aparecer de repente como una persona ya adulta, aunque podría haberlo hecho. Quiso ser un

humano de verdad. Hasta ese punto llegó la unión de las dos naturalezas. Jesús es verdadero Dios, pero también verdadero hombre. No es un dios que simula ser humano. Eso habría sido un engaño, un truco de magia. Jesús comparte naturaleza con sus criaturas para redimirlas. ¡El Creador, convirtiéndose en criatura para salvarla!

María, en su sencillez, pregunta. ¿Cómo iba a ocurrir tal cosa? Y el ángel responde. Jesús, su hijo, no va a ser concebido por intervención de ningún varón, sino del Espíritu Santo. Su hijo, Jesús, va a ser el Hijo de Dios.

Además, como para reforzar sus palabras, Gabriel informa a María de que su prima Isabel, la estéril, la que no iba a poder tener hijos, estaba embarazada. Dios había hecho en ella el milagro de la vida.

Y es que, para alguien que creó un universo de la nada, no hay nada imposible. Es algo difícil de abarcar con nuestra pequeña mentalidad humana, basada en cálculos de costes. Esto me cuesta tanto hacerlo, esto otro me cuesta el doble. Para Dios, el esfuerzo para crear un universo es el mismo que para hacer que una mujer estéril quede embarazada: cero. Ni el más mínimo esfuerzo.

Es importante, reflexionando sobre esto, pararse un momento en el Génesis. Ahí, el autor sagrado nos habla de cómo «trabaja» Dios. Y podemos ver que, tan sólo con decir lo que tiene que existir, esto existe. Aunque indique que el séptimo día descansó, no debemos pensar en un esfuerzo o un agotamiento divino. Es más una forma de indicar que es necesario un tiempo para dedicar en especial a Dios. La Creación estaba terminada, pero había que mostrar hacia Quién se refería todo lo creado. No olvidemos que los textos sagrados están dirigidos a cada uno de nosotros. Con esta bella imagen del descanso divino, el autor sagrado nos indica la importancia o, mejor dicho, la necesidad de santificar un día; es decir, de separarlo de lo profano y dedicarlo a Dios de forma especial.

¿Crees que para Dios no hay nada imposible? Muy bien. Entonces, cree también en su Providencia y en su misericordia. Cree que Dios no te abandonará en la necesidad. Eso no significa que eliminará tus dificultades. Puede que sí, si eso es para tu bien. Pero también puede que no. A san Pedro no le evitó la muerte en cruz. Pero tendrás la certeza de que cumplir su voluntad, aunque cueste, será siempre lo mejor para ti, lo que te llevará a mayor santidad.

Una vez más, es cuestión de confianza. Dios nos da la gracia necesaria, pero tenemos la responsabilidad de responder a esa gracia. ¿Hasta qué punto te fías de Dios? ¿Te fías más de tu criterio, de tus caprichos, de tus impulsos? ¿O tratas de discernir qué es lo que Dios quiere de ti?

María creyó. Y dijo «sí» al plan de Dios.

El «sí» de María

«María contestó: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y el ángel se retiró.» (Lc 1, 38). Así comenzábamos la reflexión sobre este primer misterio gozoso. Y este podría ser

el resumen de todo él: el «*fiat*» de María. De la misma forma, podría ser el resumen de la vida de la Virgen. Toda su actitud estuvo basada en esas palabras: que se haga la voluntad de Dios.

Podríamos llamar a Dios «el dios del hágase». Y eso nos da una pista muy importante, porque nos indica qué actitud es la correcta respecto a Él. Se trata de algo que quien mejor lo entendió fue la Virgen María, cuya respuesta confiada al ángel abrió la redención para el ser humano. Esa es la actitud que, como cristianos, debemos tener: dejar a Dios que haga. Aceptar su obra en uno mismo sin dudar de su poder y respondiendo al *hágase* creador de Dios con el *hágase* propio. Como María.

Todos los santos, al final, coinciden en este punto. Todos, sin excepción, han dado el protagonismo de sus vidas a Dios. Y, a partir de ahí, han trabajado ellos. Pero siempre, siempre, el primero es Dios. Siempre.

¿María podría haber dicho «no»? Sin duda. Dios no obliga. No quiere marionetas que obedezcan sin pensar. Si así fuera, no habría tenido ningún sentido crear criaturas cuya característica principal es el ser racionales. María podría haber dicho que no. Pero dijo que sí, y nos dio un ejemplo de entrega total a la voluntad de Dios. Aunque lo que Dios pida pueda parecer difícil e, incluso, imposible, si lo pide es porque nos va a dar la gracia necesaria para conseguirlo. Sólo pide confianza. Fe.

María es el mayor ejemplo para los santos por esa perfecta entrega a Dios, sin reservarse nada para

ella. Todo para mayor gloria de Dios. Nos muestra un camino de perfección con un claro protagonismo del amor. Porque, sin amor, no se puede decir que se está cumpliendo la voluntad de Dios.

El sí de María es, además, un sí a la vida. Hoy en día, que se fomenta tanto el aborto, hasta el punto de que no pocos católicos lo admiten como opción válida y no dudan en dar su voto a candidatos abortistas, el sí de María es un signo de esperanza y amor. Es preciso orar más por el final de la lacra del aborto, que condena a muerte a tantos millones de niños inocentes. Es preciso orar también para que no se vea a los niños como meros productos que deben ser «perfectos», como objetos de consumo para satisfacer un capricho, un deseo de ser padre o madre a toda costa. Tenemos la responsabilidad de oponernos a este tipo de ideologías que ven en el niño el producto de un supuesto derecho de otros a tener un hijo, como si se tratara de tener una mascota. Un niño es un don, no un derecho. Como padre católico, lo sé bien. Nadie tiene derecho a tener hijos. Nadie merece tener un hijo. Incluso el propio verbo «tener» es equívoco. El hijo no es propiedad de los padres. No es un objeto que se pueda poseer.

Debemos acoger la vida como María, con un sí lleno de alegría y esperanza, sabedores de que esa vida que Dios nos confía, Él sabrá ayudarnos a sacarla adelante. Sin miedo, abiertos al amor de Dios. Él no hace nada sin motivo.

En fin, el sí de María es el sí a Dios, a su Providencia. Es fe en estado puro. María tomo una decisión

de valiente. No la importó saber que se complicaría la vida. Porque era obvio que su decisión iba a cambiar su vida por completo. ¿Cuántas veces, cuando aparecen dificultades, parece como si nos fuéramos a ahogar en ellas? Empezamos a preocuparnos y a sufrir, y nos ahogamos incluso en un vaso de agua. Seamos como María. Deja aparcado el miedo, confía en Dios, que te ama, y dile una y mil veces: «hágase tu voluntad». De esa manera serás, como María, como los santos, contado entre aquellos de los que habla el Señor cuando dice: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11, 28).

Gracias al sí de María se hizo posible que el Hijo de Dios se hiciera hombre para hacernos «partícipes de la naturaleza divina» (2 P 1, 4), para hacernos hijos de Dios. Hijos en el Hijo. Dice san Juan en su primera carta: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 Jn 3, 1). Mira qué amor te tiene el Padre. ¿No es eso motivo suficiente para estar lleno de gozo? Responde a ese amor con tu sí, con agradecimiento, con fidelidad, con tu amor. Vive inmerso en ese amor y deja que transforme tu vida.

Contemplación

En primer lugar, ponte en la presencia de Dios con la intención de que la contemplación te ayude a amar más y mejor a Dios.

Fíjate en la situación del mundo antes de la llegada de Cristo. Un mundo caído, manchado y oscure-

cido por el pecado, que anida en las almas de los hombres. Y fíjate también en la casa de María, en Nazaret.

Imagínate que te encuentras junto a María mientras ella está haciendo sus labores. Fíjate bien en ella. En su rostro bello y sereno, en su forma de trabajar. Obsérvala. Es la madre de Dios y, también, tu madre.

Entonces llega alguien extraño, un ángel. Mírale a él también, al enviado de Dios. Es alguien poderoso, pero que sabe que se encuentra ante quien va a ser su reina. Fíjate en la reacción de María ante su saludo.

Escucha el anuncio del ángel. ¿Cómo es su voz? Saborea sus palabras. Desgránalas poco a poco, dejándolas evocar en ti su significado, sus implicaciones. Escucha también a María. Fíjate en su voz, en su forma de hablar.

Observa el momento en el que María dice al ángel que se haga en ella según su palabra. En ese momento, el Espíritu Santo actúa para que María conciba virginalmente a Jesús. Detente en este milagro. Ponte de rodillas, pues Jesús está ahí. Saborea el momento. El ángel se va. María se queda, en oración, sabedora de lo que acaba de ocurrir. Quizá con lágrimas de alegría. Siente la paz y la alegría del acontecimiento: el Verbo se ha hecho carne.

Así, ante María, primer sagrario, y Jesús, reza. Habla con ellos. Reflexiona sobre lo que has contemplado para sacar provecho de ello. Y, dentro de la oración, interioriza la respuesta de María: «hágase».